

AMORES CON FIN A-2 (Amores confinados)

Los días de confinamiento total fueron los peores para Vicente. Las semanas anteriores había ido a su oficina diariamente, a pesar de que la mayoría del personal administrativo de la constructora había optado por el teletrabajo. Pasaba las tardes intentando evadirse de la melancolía y la depresión con las emisiones que el Teatro Metropolitan de Nueva York había puesto a disposición del público en abierto con motivo de la pandemia mundial. En su época de estudiante se había aficionado a la buena música gracias al programa *Clásicos populares* mientras pasaba a tinta los interminables planos tamaño A-2. Ahora era ya un aficionado auténtico con abono en el Teatro Real de Madrid. La ópera estaba suspendida y, por supuesto, había tenido que suspender las cenas semanales con sus dos grandes amigos y ex compañeros de estudios, Agustín Sanchez y Pepe Segura. Aun así charlaban a menudo por video-conferencia.

- ¿Os acordáis de Jesús Marco? -preguntó Pepe.

- ¿El de Tudela? Hace años que no sé nada de él. -Contestó Vicente.

- Ése, sí. Con esto de la cuarentena se le ha ocurrido montar un grupo de *watsap* con los compañeros de curso de nuestra época. Buscando mi nombre ha dado con la empresa y me ha metido en el grupo. Se llama *Aparejadores de la movida madrileña*. ¿Le paso vuestros móviles?

- No le des mi móvil. No me gustan esos grupos, son una pesadez. - Repuso Agustín.

- Qué seco eres, tío. ¿Le paso tu móvil, Vicente?

- Vale. -Contestó éste sin pensarlo demasiado.

Vicente había comenzado a curiosear en los mensajes del nuevo grupo y, con los días, se fue convirtiendo en el mejor pasatiempo de la cuarentena. Los temas eran variados: música de los años 70 y 80, cocina regional,,, pero, sin ninguna duda, el tema que más divertía a Vicente era el amplio anecdotario sobre los profesores de la época. No acostumbraba a participar casi nunca en los largos debates pero se inició una conversación sobre un tema que él conocía muy bien. Se trataba de un alumno que había obtenido la inusitada nota de un 9 en dibujo técnico cuando la nota máxima habitual jamás pasaba de 6. En realidad había habido un error en la corrección de los planos y el profesor había confundido la nota académica con el número administrativo del alumno: el 9. Vicente intervino en la conversación demostrando un profundo conocimiento sobre la anécdota para revelar, al final de la conversación, que el alumno número 9 era... él mismo. Hubo numerosas reacciones divertidas y leyó la frase: "Qué bueno, Vicente. No sabía que tú eras el chico del 9". Pero lo que le impactó fue el nom-

bre que leyó encima, en letra muy pequeñita (no estaba registrado en su agenda telefónica): Isabel Gutiérrez... ¡Isabel Gutiérrez!... Con el dedo índice algo tembloroso escribió: “Hola Isabel, qué alegría. No sabía que estabas en este grupo” (carita sonriente). Recibió una respuesta inmediata: “Claro. No tengo mucho tiempo para participar pero leo todos los días las movidas de los aparejadores”. A continuación puso un dibujito muy gracioso de una chica morena de pelo largo, muy sonriente y reconoció perfectamente a Isabel. Su hija también le mandaba dibujitos de ese tipo, se llamaban *sticker* e, incluso, le intentó convencer para que se hiciera uno. Le dio pena no poder contestar a Isabel con su *sticker* propio pero pensó que la carita sonriente y la manita con el pulgar hacia arriba con el que había finalizado la corta conversación tampoco estaban mal.

Durante el confinamiento Vicente dormía poco pero esa noche no durmió nada. Su imaginación le trasladó a Roma, Semana Santa, viaje de estudios de tercer curso de arquitectura técnica. Isabel Gutiérrez era, sin duda, la chica más popular del curso sin necesidad de ser una estudiante demasiado aplicada. Isabel jamás se había fijado en Vicente y éste no habría intentado ni siquiera iniciar una conversación con ella. Pero una tarde del viaje de estudios ocurrió algo sorprendente. Llegó la hora de hacer planes para el día siguiente y el debate transcurría sobre terminar el día en una discoteca en el Trastevere o quedarse en el hotel después de comprar *litros* en alguna tienda de ultramarinos. De manera casi casual alguien preguntó a Vicente cual iba a ser el plan que prefería y este contestó que, desde hace meses, tenía previsto dedicar un día a hacer el recorrido de los escenarios reales de la ópera *Tosca* de Puccini. La mayoría reaccionó con indiferencia ante aquella idea estrafalaria pero, curiosamente, Isabel se interesó con la propuesta y todo el día siguiente le acompañó en su visita a los tres escenarios de su ópera preferida: la basílica Sant’Andrea della Valle, el palacio Farnese y el Castel Sant’Angelo.

- Ese Puccini que dices ¿es italiano, no?. A mí también me gusta mucho la música italiana.

- ¿Cuál es tu compositor preferido? -Preguntó Vicente con interés.

- Umberto Tozzi.

Ante la mirada atónita de Vicente, Isabel comenzó a cantar: “Ti amo ti aaaamo, ti amo ti aaaaamo...”. A Vicente no le sonaba el nombre del “compositor italiano” pero sí aquella canción tan pegadiza y la cantaron varias veces a dúo durante su largo y romántico paseo por Roma. Para él fue un día ideal, la Ciudad Eterna, acompañado por la

mujer perfecta y sabiéndose envidiado por el sector masculino del grupo de estudiantes. El mejor día del viaje de estudios y, probablemente, uno de los mejores días de su vida.

Prácticamente no volvió a tener ningún contacto con Isabel desde el final de aquel viaje de estudios a Roma y jamás volvió a oír hablar de ella hasta que se la encontró dentro del grupo de *Aparejadores de la movida madrileña*.

A la mañana siguiente lo primero que hizo fue incorporar el número de Isabel a su agenda de teléfonos y, a una hora razonable, se atrevió a comunicarse con ella escribiendo directamente a su número de watsapp. “Hola Isabel. Qué corte lo de ayer, eh. Me llevé una alegría al saber que estabas en el grupo”. Esta vez prefirió no poner ningún emoticono. Isabel volvió a responder con presteza. “Así es. Me pasó lo mismo. Qué risa.” Y mandó un *sticker* similar al del día anterior pero riendo a carcajadas. “¿Sigues viviendo en Madrid, Isabel?”. “Sí, ¿tú también?”. “No, yo solamente durante mis años de estudiante, ahora estoy en mi pueblo de siempre” “Pero vendrás por Madrid, ¿no?”. “Sí, voy a menudo”. Hubo una pausa en los mensajes que a Vicente se le hizo eterna. Isabel volvió a escribir: “Podíamos quedar, pero todavía no se puede cambiar de comunidad autónoma”. “Yo no tengo problemas, puedo hacer un certificado justificando un asunto de trabajo”. “Perfecto, ¿qué tal si quedamos para comer mañana?” “Muy bien, sin problemas” (carita sonriente y dedo pulgar arriba). “Vale, quedamos a las 13:00 en el auditorio del parque del Manzanares” “Ok.” (manita formando la O con el pulgar y el índice). Como respuesta Isabel mandó un último dibujo que dejó trastocado a Vicente porque era su *sticker*, pero esta vez rodeado de varios corazones en movimiento.

A la mañana siguiente preparó un certificado convincente con el sello de la empresa y se aseguró de obtener habitación en su hotel habitual de Madrid.

- No hay problema señor Muñoz, pero recuerde que solo se puede hacer uso de la habitación y no hay posibilidad de utilizar el restaur...

- Sí, sí, lo sé. – dijo Vicente cortante.

Desde que salió el famoso decreto siempre había sospechado que las condiciones de uso de hoteles en la fase 1 estaban pensadas para facilitar encuentros furtivos entre parejas que habían tenido que estar separadas en la cuarentena. No era su caso, pero se alegró que, al fin y al cabo, el decreto facilitara el plan que él tenía entre manos. Programó el GPS y llegó al parque del Manzanares a tiempo. Se llevó una agradable impresión sobre una zona que no conocía en absoluto. Sabía que el proyecto era de uno de los arquitectos Bofill, sin poder precisar si sería el padre o el hijo, pero disfrutó del trayecto hasta el auditorio. Durante el paseo no se cruzó con mucha gente pero la ma-

yoría eran personas en edad de riesgo que paseaba con su correspondiente mascarilla. Con cierto nerviosismo se fue acercando al auditorio y vio desde lejos que tampoco había mucha gente en el mismo: dos personas con sus perros, una mujer dando de comer a su pequeño en su sillita y una pareja de jubilados enmascarados. En el centro de lo que sería la *orchestra*, según la denominación clásica griega, había una señora bastante mayor, de pelo blanco, recogido, que miraba con atención a la entrada opuesta del auditorio con el ademán inconfundible de estar esperando a alguien. A Vicente le dio un vuelco el corazón al darse cuenta que la señora era... Isabel Gutiérrez. Pensó con rapidez y recordó que ella había empezado la carrera antes que él. Además, en aquel romántico paseo por Roma, le confesó que había repetido algún curso anterior en bachiller. Hizo un cálculo rápido y se dio cuenta inmediatamente que, por medio de *watsap*, había concertado una cita romántica... con una señora de 64 años.

Vicente reaccionó al instante y pensó que era el momento oportuno de colocarse la mascarilla *FPP2* que le cubría la cara. Recordó también que Isabel jamás le había visto usar gafas y, sobre todo, estaba seguro que no podría reconocer al Vicente melencólico de la escuela de aparejadores, bastante diferente al caballero totalmente calvo que acababa de entrar en el auditorio por la entrada opuesta a la que ella esperaba. Vicente pasó a pocos metros de Isabel fingiendo un aire distraído y confirmó que ésta no le había reconocido en absoluto. A él también le costó bastante reconocer a la alumna más popular de su curso en el físico de aquella señora solitaria de pelo muy canoso con un rostro arrugado (no llevaba mascarilla). Pensó que parecía incluso mayor que la edad que él había calculado con urgencia. Recordó también que su hija le había dicho que los *stickers* eran una versión rejuvenecida del usuario y se rió con ganas de su propia estupidez, sabiendo que nadie podía darse cuenta porque llevaba la boca cubierta con su mascarilla. Procuró no cambiar mucho el plan previsto y terminó en su hotel habitual.

- ¿Hoy no hay ópera en el Real, no, señor Muñoz? - le dijo el recepcionista.
- No, habrá que esperar bastante, hoy me conformo con la que den en la tele.

En la habitación buscó el canal del Met y, casualmente, la ópera en emisión era una grandiosa producción de *Tosca*. Cuando Caravadosi comenzó su aria del primer acto Vicente bajó el volumen al mínimo e imaginó que, en vez de cantar "Recondita armonia! Di bellezze diverse!..." el tenor interpretaba a Umberto Tozzi: "Ti amo ti, aaaaamo, ti amo ti aaaaaamo..."

Y se durmió profundamente con la tele puesta.